

Capítulo 9: Donde mi corazon pertenece

Blitzø no supo exactamente cuándo dejó de parecer que estaban fingiendo.

La escena estaba llegando a su clímax: el acto final, luces tenues, la tensión tan espesa que casi se podía cortar. Stolas estaba a unos pasos de él, con las plumas alborotadas por su huida frenética, los ojos brillando con algo que no venía en el guion.

Ahora estaban acorralados. El texto decía que el personaje de Stolas se había liberado del yugo de su familia, y Blitzø... él le había ayudado a prenderle fuego a todo. Pero ahora las paredes volvían a cerrarse, pasos resonando por los pasillos imaginarios. Los cazadores venían, liderados por Fizz, y Blitzø podía escuchar el aliento de sus perseguidores a través de las paredes imaginarias de la escena.

"Te matarán" susurró Stolas, con la voz temblorosa.

"Que lo intenten" le soltó Blitzø, poniéndose delante de él sin pensar. *"No voy a dejar que te lleven para que te pudras de nuevo entre esas cuatro paredes"*.

Vio cómo Stolas tragaba saliva, al borde de las lágrimas.

Esto no era real. No se suponía que fuera real. Pero algo en sus tripas decía lo contrario. Se sentía... jodidamente real. Como si ya lo hubiera vivido.

"Entonces déjame ir. Tienes que sobrevivir a esto" dijo Stolas en un susurro.

Y ahí fue cuando el guión se fue a la mierda.

Su voz salió ronca. Cruda.

"¿De verdad crees que voy a dejar que vuelvas a ese infierno por mí? ¿Que voy a... simplemente quedarme mirando?" se interrumpió, tragando con fuerza. *"Te quiero, ¿vale? Te quiero, jodido saco de plumas testarudo, arrogante y brillante. Yo..."*

"¡Boom, baby!" la voz de Fizz cortó la tensión como un tortazo, y Blitzø se sobresaltó de forma instintiva. El imp entró en escena con una pistola en mano y esa sonrisa afilada en la cara. *"¿Es ahora cuando mato el ambiente... o solo al idiota?"*

Desde el backstage, Asmodeus estalló en carcajadas.

"¡Corten, corten! ¡Por todos los fuegos del Averno, qué pedazo de escena! ¡Drama, sufrimiento, arte puro! ¡Vais a hacer que me derrita!"

Aplausos. Luces arriba. La realidad cayendo como un cubo de agua fría. Blitzø dio un paso atrás, parpadeando, intentando despejarse. El corazón aún le latía demasiado rápido.

Solo era una escena. Una jodida escena.

Se obligó a soltar el aire mientras todos se dispersaban. Guiones volaron sobre las sillas, alguien repartiendo botellas de agua —probablemente Millie. Fizz le guiñó un ojo antes de desaparecer. Blitzø dio un paso atrás, parpadeando. El corazón todavía latiendo como si quisiera escaparse del pecho.

Solo era una escena. Una jodida escena.

Inspiró hondo mientras el resto se dispersaba.

“¡Una última palabra antes de cerrar por hoy!” Asmodeus los reunió a todos como una gallina madre orgullosa, con una sonrisa radiante y chispeante. “Muy bien, polluelos, el gran día se acerca. La noche del estreno está a la vuelta de la esquina y esa energía es la que tenemos que mantener. ¡Mantened ese fuego, esa tensión, ese desgarró emocional! ¡Recordad que estamos haciendo arte!”

Todos a su alrededor vitorearon, pero Blitzø apenas lo escuchaba. Acababa de encontrar a Stolas con la mirada.

Estaba junto a Vassago. Demasiado cerca para su gusto. Bueno, para su paz mental, al menos.

Vassago sonreía, todo reluciente y perfecto, como si acabara de salir de una puta vitrina. Sonrisa de anuncio, y esa cara de “mírame, soy la hostia”. Y Stolas... Stolas le sonreía de vuelta. Se reía de algo que el otro había dicho. Educado. Correcto. Como si nada. Como si Blitzø no existiera.

Como si ya no importara.

Y joder, dolía. Porque parecía tan lejos. Como si estuviera en otro mundo completamente fuera de su alcance. Y eso... eso lo destrozaba más de lo que quería admitir.

Apretó los dientes. *Todo es parte del teatro, parte del plan. Tiene que fingir interés, hacer como que disfruta de la atención. Solo eso.*

Entonces Stolas giró la cabeza. Solo durante un segundo. Solo para él.

Y esa sonrisa cambió, volviéndose más suave, casi triste. Sus pupilas brillaron por un instante, cálidas, llenas de esa luz que siempre hacía que el pecho de Blitzø se sintiera demasiado pequeño. Pero el búho volvió a desviar la mirada hacia Vassago, y el frío se le instaló otra vez en el estómago.

Tuvo la estúpida urgencia de levantarse, cruzar el maldito escenario y arrancarle el pico a ese capullo. En vez de eso, se quedó sentado, mordiéndose el interior de la mejilla hasta saborear el amargor de su propia sangre.

“Hey” Millie apareció a su lado, voz suave, mano en su hombro.

No dijo mucho. No hacía falta. Estaban Moxxie y Loona detrás. Moxxie con cara de susto. Loona con los brazos cruzados y esa mirada que decía “solo dime a quién partirle la cara”.

Millie le apretó el hombro.

“¿Te he dicho alguna vez que eres dramático de cojones, jefe?”

Blitzø soltó una risa entre dientes, medio amarga.

“Lo dice la reina del teatro.”

Se rieron, bajito, y él se dejó llevar, permitiendo que ese momento suavizara un poco el dolor punzante que le taladraba el pecho.

Pero aún así, mientras Stolas desaparecía de su vista, las plumas rozando el brazo de Vassago, Blitzø no pudo apartar la mirada del lugar que acababan de dejar atrás.

Y lo único que pudo pensar fue que debería habérselo dicho de verdad.

No solo sobre el escenario.



El club dormía, sumido en un silencio denso y sagrado. Solo el tenue resplandor de las luces de emergencia palpitaba con pereza junto a la entrada, como el último latido de un cuerpo exhausto. El espectáculo había terminado hacía horas, pero Stolas acababa de regresar, arrastrado a una cena privada con Vassago. No había podido negarse.

Soltó un suspiro largo, de esos que parecen arrastrar parte del alma consigo al salir. El sonido rebotó por las tuberías desnudas del techo, fundiéndose con el eco hueco de sus pasos. Cada día el acto de fingir le pesaba más. Sonreír para Vassago. Inclinar-se ante las expectativas. Actuar para una vida que no sentía suya. Era como ir deshilachándose poco a poco desde dentro.

Las garras rozaron la madera gastada con un leve crujido mientras se deslizaba hacia su habitación. Movi6 la cortina que ocultaba el pestillo secreto y lo accion6 con dedos temblorosos. Su coraz6n, extraño traidor, latía con una mezcla de culpa y expectaci6n.

Un leve siseo. Un clic suave.

Y la puerta se abri6.

Las velas se encendieron al instante, proyectando halos c6lidos entre terciopelo y penumbra.

Y ah6 estaba 6l.

Blitz6.

Aovillado sobre la cama, casi engullido por los cojines. Abrazaba algo peque6o y gastado: el viejo peluche de caballo que Stolas le hab6a regalado cuando eran ni6os. Lo ten6a apretado contra el pecho, y Stolas contuvo el aliento. Aquella imagen le desgarr6 el pecho de ternura. Demasiada ternura. Casi dol6a.

Blitz6 entreabri6 un ojo al o6r la puerta, gru6o, y se incorpor6 lentamente, abrazando a6n m6s fuerte al peluche.

“Vale, s6, me has pillado” murmur6. “No empieces. Me calma, ¿vale?”

Stolas se acerc6, con una sonrisa delicada curv6ndose en la comisura del pico.

“No iba a re6rme” dijo en voz baja. “Es una imagen adorable, cari6o.”

Blitz6 se sonroj6 ligeramente... y luego le lanz6 esa sonrisa torcida tan suya.

“¿Adorable? Soy peligroso, joder. No me arruines la imagen.”

La puerta se cerr6 tras Stolas cuando entr6 del todo, una risa suave vibrando en su garganta. Se sent6 al borde de la cama, dejando que la capa resbalara de sus hombros. Blitz6 lo observaba en silencio, con los ojos brillando en la oscuridad.

“¿C6mo ha ido la cena?” pregunt6 al cabo de un rato, en voz baja.

“Pomposa” murmuró Stolas. “Junto a un lago. Candelabros de cristal. Cuarteto de cuerdas en directo. Toda la parafernalia que te puedas imaginar.”

Blitzø gruñó, sin disimulo.

“Apuesto a que él estaba encantado.”

“Y la comida era ridículamente pretenciosa” añadió Stolas, alzando un poco el mentón. “Una trucha tristísima, ahogada en espuma de eneldo, posada sobre un único espárrago como si intentara ascender al cielo. *Espuma*, Blitzø. ¿Quién demonios hace eso?”

Blitzø estalló en carcajadas.

“Por Satán, el príncipe ha sufrido una tragedia culinaria. ¡Que corra la sangre en los titulares!”

“¡Te juro que no exagero!” protestó Stolas con fingida gravedad, dejándose caer en el colchón—. Un plato más y me tiraba al lago para evitar el siguiente curso.

Blitzø puso los ojos en blanco y le lanzó el peluche.

“Toma, reina del drama. Lo necesitas más que yo.”

Stolas parpadeó, y luego soltó una risa bajita, aceptando el muñeco entre las manos.

“¿Una ofrenda? Qué gesto tan heroico.”

“Control de daños” murmuró Blitzø. “Antes de que le compongas un réquiem a tu paladar ultrajado.”

Stolas se rió de nuevo y acercó el peluche a su rostro. Inhaló. Olía a Blitzø. A humo, a cuero y algo salvaje. Algo que olía a hogar. No dijo nada. Solo lo abrazó con fuerza y luego se dejó caer de lado, acurrucándose contra él, enterrando el rostro en su hombro.

Blitzø se tensó por un instante. Luego se relajó. Le pasó un brazo por la cintura, firme y protector, y sus labios rozaron la coronilla de Stolas. Sus dedos se enredaron entre sus plumas, trazando caricias lentas.

“Te he echado de menos esta noche” susurró Stolas. “Siempre te echo de menos.”

Blitzø no contestó. Solo continuó acariciando las plumas de su nuca.

Stolas cerró los ojos.

“Me besó la mano. Dijo que estaba precioso” dijo, con un hilo de voz. “Y yo solo podía pensar en ti. En cómo te habrías burlado de mi capa. En cómo me habrías robado el postre sin pedir permiso.”

Blitzø rió, su voz vibrando junto a su sien.

“Te habría comido *a tí* de postre” murmuró con picardía.

Stolas soltó una risita agotada y se acurrucó más, rodeándolo con los brazos. Podía sentir el latido firme de su corazón bajo la ropa. Quería más. Quería estar más cerca, sentir la piel, el calor sin barreras. Pero algo dentro de él vaciló. Su sonrisa se apagó, como una vela que titubea en una ráfaga de viento.

“Blitzø...” susurró. “¿Alguna vez piensas en lo que vendrá después? Cuando todo esto acabe.” su voz se quebró.

Blitzø detuvo la mano entre sus plumas. Stolas giró el rostro, buscándolo. Quería ver sus ojos. Esos ojos rojos que ardían como brasas. Siempre había algo ahí, latiendo bajo la superficie. Algo que le daba miedo nombrar.

“Tengo miedo” dijo, apenas audible. Frágil.

Blitzø se inclinó y apoyó la frente contra la suya.

“No pienses en después” susurró. “No pienses en nada. Solo siente. Aquí. Ahora. Aún estamos aquí.”

Y entonces lo besó.

Fue como rendirse a la gravedad. Como una estrella que se pliega sobre sí misma y estalla en silencio. Una confesión muda. Stolas se derribió, aferrándose a él, acercándolo aún más. El peluche cayó al suelo con un leve golpe, olvidado, mientras Blitzø lo empujaba con suavidad sobre el colchón, sin separar sus bocas. Sus manos encontraron los botones de su camisa, desabrochándolos con cuidado. Los dedos de Stolas descendieron hacia su cintura, soltando el cinturón con lentitud, como un rito.

Se desvistieron en silencio, como si temieran romper algo sagrado. Stolas recorrió la espalda de Blitzø con las manos, aprendiendo de memoria una melodía hecha de huesos y cicatrices. Sus labios se buscaron una y otra vez, cada vez más atrevidos, más profundos, hasta que el beso se volvió imprescindible, como respirar.

Y entonces se movieron.

Como un vals lento, una sinfonía escrita solo para ellos. El aliento de Stolas se quebraba con cada caricia, guiado por las manos de Blitzø, cada gesto un voto, un murmullo de amor sobre la piel. Se sintió suspendido entre estrellas, dibujando constelaciones sobre carne y fuego.

Y cuando todo terminó, cuando la música se deshizo en jadeos y la quietud se instaló entre sus cuerpos sudorosos, Stolas se recogió en los brazos de Blitzø y cerró los ojos. El miedo seguía allí, como una sombra bajo la cama. Pero por un instante, no podía alcanzarlo.

Fuera, el club dormía.

Y ellos se abrazaron con fuerza, intentando mantener al mundo al margen un poco más.



El pasillo se extendía largo y sombrío, iluminado solo por apliques adormecidos y el eco distante de la música del club colándose por las paredes de terciopelo. Stolas caminaba despacio, las manos tras la espalda, las garras marcando un ritmo satisfecho contra el mármol. Su postura era regia, como siempre. Pero sus huesos... sus huesos se sentían como gelatina.

Cada centímetro de su cuerpo le dolía de una forma deliciosa. El espacio entre sus piernas aún hormigueaba tras la atención incansable de Blitzø la noche anterior.

Por Satanás, *Blitzø*.

Las últimas semanas habían sido... excesivas. Obscenas, honestamente. Parecían un par de fugitivos calenturientos con adicción a los escándalos públicos. Y Blitzø parecía haberse tomado como un desafío personal comprobar cuántas superficies del club podían usarse también como mobiliario para echar un polvo. Stolas no sabía si el personal de limpieza del club no se había dado cuenta o si simplemente decidía ignorar los rastros de plumas que dejaban por todos lados. Probablemente lo segundo. Fizz los había pillado una vez en el armario de utilería —Stolas medio con un corsé medio quitado, Blitzø ya de rodillas entre sus piernas. El demonio ni se inmutó.

“Un día de estos os va a aplastar un contrapeso” murmuró Fizz, bebiendo su refresco mientras se marchaba.

Pero también había habido momentos más dulces. Caricias silenciosas. Blitzø había tomado la costumbre de besarle el cuello antes de cada "cita" forzada con Vassago, mordéndolo justo lo suficiente para dejar marca, siempre en el mismo lugar, justo debajo de la mandíbula. Se había convertido en un ritual. Una declaración sin palabras.

Stolas tocó ese punto ahora, a través del tejido de su abrigo bordado. Aún estaba sensible. El fantasma de la boca de Blitzø seguía ahí, curvado como un secreto bajo su piel.

Sonreía como un idiota cuando dobló la esquina... y se topó de frente con Ozzie.

“¡Ozzie!” llamó, alzando un brazo y saludándolo alegremente.

Pero entonces vio la expresión de su amigo, y algo se le desplomó en el estómago. Su figura estaba tensa, la mandíbula apretada. Sus ojos se abrieron alarmados al ver a Stolas.

“¿Ozzie? ¿Está todo—?”

“Shhh” Ozzie avanzó rápidamente hacia él. Le agarró del brazo con fuerza, lo bastante como para que el pánico le subiera en oleadas por el pecho. “Tienes que salir de aquí. *Ahora*. Antes de que te vean.”

“¿Quién—?” preguntó Stolas, sintiendo un escalofrío subirle por la columna.

Ozzie miró por encima del hombro

“Han venido. Andrealphus. Y Stella. Se presentaron hace diez minutos. Sin avisar.”

Stolas sintió como la sangre se le congelaba en las venas.

“¿Aquí...?” susurró.

“Esto es serio, pichón” dijo Ozzie. “Andrealphus me dio un ultimátum el mes pasado para que consiguieras que Vassago invirtiera. Y se nos ha acabado el tiempo. No hemos cerrado el trato, y ahora está colérico. Sabe que pasa algo.”

El corazón de Stolas latía con fuerza, sus plumas erizándose en los brazos.

“Ozzie—”

“Stooo-las~ “canturreó esa voz sedosa y henchida de veneno desde su espalda.

Se giró despacio.

Andrealphus estaba al final del pasillo, su túnica heladas brillando como escarcha bajo la luz tenue. Stella a su lado, envuelta en seda rosa y tul, con esa eterna mueca de desprecio tatuada en sus delicadas facciones.

“Vaya” dijo ella, mirando a Stolas como si fuera una mancha en el suelo. “Qué reunión tan entrañable. ¿Cómo va tu actuación? ¿Sigues abriéndote de piernas a cambio de aplausos?”

Ozzie se movió para interponerse, instintivamente, pero Andrealphus levantó una mano.

“Vete” dijo con voz suave y cortante como cristal. “Esto no te incumbe.”

La mandíbula de Ozzie se tensó. Miró a Stolas indeciso, pero el búho esbozó una sonrisa triste y asintió. Estrechó su brazo al pasar por su lado, intentando decirle sin palabras que todo iba a estar bien.

Andrealphus le hizo un gesto para que pasara al despacho. Stolas tragó saliva, intentando disimular el leve temblor que agitaba sus manos.

“Después de ti.” siseó Andrealphus con tono gélido.

La puerta se cerró con un clic suave detrás de él, pero para Stolas sonó como el portazo de una celda. El silencio en la sala le presionaba contra la piel, erizándole las plumas.

Su mente iba a mil por hora.

¿Andrealphus sabía lo suyo con Blitzø? Al menos lo sospechaba, eso estaba claro por la cara de Ozzie. Incluso había traído a Stella. Eso solo podía significar una cosa: pensaba usar la influencia del vínculo sobre él. Stolas tragó saliva, obligándose a erguirse ante el escritorio. Andrealphus estaba sentado frente a él, silencioso, compuesto. Observándolo.

No le gustó lo que vio en esa mirada calculadora.

¿Lo había visto con Blitzø? Había intentado ser cuidadoso, mantener siempre una distancia prudente durante los ensayos. No se había querido arriesgarse —aunque Blitzø no lo ponía fácil, lanzándole sonrisas y abrasándolo con la mirada cada vez que compartían una escena.

Quizá habían sido las marcas. Tal vez una de las mordidas era más visible de lo que creía. Reprimió el impulso de tocar la marca aún latente en su cuello. Inspiró hondo, tratando de centrarse, justo cuando Stella se plantó delante de él.

Su sonrisa era puro veneno.

“Oh, cómo caen los poderosos” dijo, girando lentamente a su alrededor. “Acostándote con imps. Escabulléndote como una puta desesperada de alcantarilla. Casi tiene mérito lo bajo que has conseguido caer, Stolas.”

Stolas se mantuvo inmóvil. En silencio. La mandíbula le dolía de tanto apretarla.

“¿Sabes lo patético que pareces?” siguió, la voz goteando malicia. “Antes al menos tu obscenidad era entretenida de ver. Ahora eres simplemente aburrido. Casi decepcionante. Aunque bueno, ya eras un inútil cuando nos casamos. Ni siquiera fuiste capaz de *follarme*

como es debido cuando tuviste la oportunidad. Menos mal que me deshice de tí cuando tuve la oportunidad.”

Stolas no se movió. Quería desaparecer.

Ella entornó los ojos.

“¿Nada que decir? Pobre criatura. Quizá deba ayudarte a recordar tu sitio.”

Alzó la mano.

El golpe fue instantáneo. Ese maldito hilo de magia antigua se torció en la base de su columna, tirando con una crudeza abrasadora. Las rodillas le fallaron. Cayó con un jadeo ahogado, forzado hacia el suelo por un poder que hurgaba entre recuerdos y heridas mal cerradas.

“Mírate” siseó ella “Aún eres mío, en todo lo que importa.”

“Basta” dijo Andrealphus, de repente, con un filo en la voz que cortó el aire.

Stella se giró, claramente molesta.

“¿Qué? Solo estoy—”

“Quiero pedirte que nos dejes solos, querida hermana” dijo con una calma almibarada que no escondía el acero bajo la superficie. “Me gustaría tener unas palabras a solas con nuestro querido Stolas.”

Ella resopló, echando las plumas hacia atrás.

“Está bien. Interpretad vuestro teatrillo. Siempre ha sido bueno fingiendo.” Se volvió hacia Stolas con una mueca “ Disfruta de tu última función.”

Y se marchó, la puerta cerrándose tras ella con un silbido.

La escarcha volvió a los ojos de Andrealphus en cuanto Stella salió. No habló de inmediato; dejó que el silencio se cerrara sobre ellos como un telón pesado.

“Vaya, vaya, querido cuñado. Hace mucho que no teníamos una charla a solas, ¿no te parece?” comentó con una sonrisa afilada. “¿Qué tal va la vida? ¿Disfrutando de tu momentito de fama?”

Stolas parpadeó, desconcertado por la repentina pregunta.

“Yo... sí. Estoy bien.”

Andrealphus murmuró un sonido indescifrable mientras servía vino en una copa. Ni se molestó en ofrecerle a Stolas.

“He oído que estás muy ocupado últimamente. Saliendo con Vassago con bastante frecuencia, ¿no?”

Stolas enderezó la espalda.

“Sí. Todo marcha bien. Se ha mostrado receptivo.”

“¿Receptivo?” repitió Andrealphus, con un tono engañosamente tranquilo. “Entonces dime por qué, después de tantas semanas, no ha invertido. ¿Por qué no he visto su firma en ningún contrato, Stolas?”

Stolas tragó saliva, intentando contener el temblor en su voz.

“No... no lo sé. No ha dicho nada. Quizá quiere ir con cautela...”

“Porque yo creo que sé lo que está pasando de verdad” lo interrumpió Andrealphus. Se incorporó con una elegancia lenta, dejando su copa sobre el escritorio. La temperatura en la habitación descendió varios grados mientras se movía, rodeando el escritorio hasta acercarse a Stolas. El frío que emanaba de él se enroscó como una soga de escarcha alrededor de Stolas, haciéndole estremecer. No se giró, pero sintió cómo se detenía justo a su espalda.

“Esto ya lo has hecho antes. Muchas veces. Naciste para ello. Siempre se te ha dado bien abrirte de piernas, Stolas. Sabes cómo resultar deseable y nunca habías fallado” hizo una mueca de desdén. “Entonces, ¿por qué iba a ser diferente esta vez, hmm?”

“Vassago no es como los demás, no busca algo casual, él quiere...”

Pero Stolas no pudo acabar la frase. En un solo movimiento, Andrealphus lo giró, sujetándole la barbilla con fuerza.

“No, el problema eres tú” siseó.

Stolas abrió la boca, pero no le salió la voz. Andrealphus se inclinó más.

“Te has vuelto blando. Descuidado. ¿Crees que no sé por qué? Has estado dejando que ese *asqueroso imp* te folle como le da la gana, ¿verdad? *Apestas* a él. Por eso Vassago no muerde el anzuelo. Huele la miseria en ti.”

Se acercó aún más, el pico casi rozándole la piel del cuello.

“¿Crees que no lo noto? Todo tu cuerpo reacciona cuando me acerco. Siempre has sido fácil de leer, Stolas. Siempre has cedido bajo presión. Lo veo en tus ojos.”

Stolas temblaba. Había calor bajo el frío, una tensión cargada que apenas le dejaba respirar. La cercanía de Andrealphus le raspaba la piel como garras fantasmales, haciendo que sus plumas se erizaran. No era solo odio lo que se colaba en su voz; había algo más oscuro latiendo debajo. Stolas lo sentía en la forma en que su aliento rozaba demasiado cerca, aspirando sobre su cuello.

Le revolvió el estómago.

Contuvo el aliento, luchando por no retroceder. Pero algo dentro de él se marchitó cuando vio cómo los ojos de Andrealphus bajaban y se detenían justo donde Blitzø lo había marcado con los dientes.

Finalmente se apartó, empujándolo al suelo como si la cercanía lo repugnara.

“No eres más que una puta callejera” escupió.

Se dio la vuelta, limpiándose la mano sobre la túnica, y volvió a sentarse frente a él. Stolas no se movió. Permaneció turado en el suelo, con la mirada perdida.

“Irás a cenar con Vassago. Te lo follarás. Harás tu trabajo o te sacaré de este club a rastras y te subastaré en pozo más miserable del Círculo de la Ira. Y conocerás en tu propia piel lo que significa estar de verdad en el infierno.”

Stolas no podía moverse. Su mente se había desconectado de su cuerpo, y sentía su mente ajena a sí mismo, como si no estuviera realmente allí

No puedo hacer esto, no puedo. Por favor, que pare. Que se vaya. Que se vaya...

Las lágrimas llegaron sin avisar, empañándole la vista. Se deslizaron por sus pestañas antes de que siquiera supiera que estaban ahí, silenciosas y ardientes sobre su piel. Le abrían surcos en las mejillas con una inevitabilidad dolorosa. Sintió el crujido agudo de algo rompiéndose por dentro.

Pensó en Blitzø.

En su voz. Su sonrisa torcida. Esa risa irritante que siempre le revolvía el pecho. En cómo decía su nombre, como si fuera un secreto precioso. En el calor de sus besos. En cómo lo abrazaba, como si de verdad importara.

Stolas se aferró a esa imagen... pero se deshizo en mil pedazos.

Se imaginó a Blitzø mirándolo con asco. Frío. Distante. Lo vio alejarse, los labios fruncidos en repulsión, esa chispa entre ellos aplastada bajo el peso de lo que Stolas estaba a punto de hacer.

Y entonces llegó el sollozo. Silencioso. Afilado como vidrio roto en su garganta.

Se encogió sobre sí mismo, los temblores sacudiendo su cuerpo sin que pudiera evitarlo. Se sentía usado. Sucio. Una cosa intercambiada de mano en mano. Ni remotamente digno de Blitzø. Apenas un muñeco roto y abandonado.

Tan completa y absolutamente solo.

Andrealphus lo observaba, una sonrisa helada tirando de sus labios.

“Awww, no llores. Esto es lo que querías, ¿no?” dijo con frialdad. “Tu libertad. Está justo ahí, al alcance de tus dedos. Solo tienes que hacer esto último por mí.”

Stolas no lo miró. No podía.

Porque sabía que era mentira.

Andrealphus nunca le daría libertad, lo había sabido siempre, en lo más profundo de sus huesos. Seguiría cambiando las condiciones, apretando la correa, colgando la ilusión de la liberación justo fuera de su alcance... hasta que no quedara nada de Stolas que encadenar. Nada que romper.

Pero no tenía otra opción.

Andrealphus se dio la vuelta, ajustándose los puños con esa compostura insoportable.

“Ha sido un auténtico placer nuestra pequeña charla, querido cuñado. Estoy seguro de que pronto recibiré noticias excelentes de tu parte.”

Se echó el chal al hombro al pasar, sin dignarse siquiera a mirarlo.

“Que tengas un buen día, Stolas.”

Y se fue.

Stolas permaneció en el suelo, luchando por recordar cómo respirar. Cómo moverse. Miró la puerta. Luego al mármol bajo él, al frío que se le metía en los huesos.

intentando asimilar que su mundo, de nuevo, estaba hecho trizas.

Sin atisbo de una posible salida.

Solo la inevitabilidad de lo que venía después.



Blitzø se dejó caer de espaldas sobre la cama de Stolas, una pierna colgando por el borde, rodeado por un caos absoluto de novelas de bolsillo viejas. La mayoría estaban ajadas, con las esquinas dobladas, apestando a incienso y a puros rancios: auténtico oro de mercadillo. Las había pillado esa misma mañana por cuatro duros. Portadas horteras con poses románticas exageradas, eslóganes ridículos e ilustraciones que parecían sacado de un fanart renacentista de segunda. Una maravilla.

Levantó una y entrecerró los ojos para mirar al demonio pirata musculoso de la portada. “Vale, a ver” murmuró en voz alta, sin dirigirse a nadie en concreto, dándole la vuelta para leer la sinopsis. “*Príncipe maldito del mar se enamora del grumete que no sabe que en realidad es el heredero del trono de las Sirenas*. Stolas va a devorar esta mierda con cuchillo y tenedor.”

Había una vibración bajo sus costillas. Esa sensación rara, como de mariposas revoloteando, que le daban ganas de tamborilear los dedos y tararear sin pensar. Era estúpido. *Se sentía* estúpido. Pero no podía dejar de sonreír.

Los últimos meses habían sido una montaña rusa: caídas en picado, giros imposibles y subidones que le dejaban sin aliento. Un caos. Un sinsentido.

Pero joder, había valido cada segundo.

Siempre se había burlado de Millie y Moxie por vivir en una especie de telenovela de segunda, y ahora él mismo se sentía el protagonista de una. Pero por una vez... no quería cambiar nada. Por primera vez en su vida, Blitzø no tenía la necesidad de huir. Sentía que estaba vivo. Como si el mundo hubiera estado en blanco y negro hasta ahora y, de repente, alguien hubiera activado el color. Arcoíris incluidos.

Agarró otro libro, un supuesto triángulo amoroso entre centauros, y lo lanzó a un lado con dramatismo. *Demasiado kinky, incluso para él*, justo entonces oyó un sonido sutil cerca de la puerta.

Levantó la cabeza de golpe.

La sonrisa se ensanchó cuando se incorporó. “¡Ahí estás, pajarito! Ya era hora. He encontrado auténticas joyas literarias, vas a perder las plumas con este rollo pirata, te juro que—”

Y entonces vio la cara de Stolas.

Y la sonrisa murió al instante. El corazón se le desplomó como una piedra.

Stolas entró tambaleándose por el umbral. Apenas cruzó la puerta antes de desplomarse. Blitzø casi se teleportó a su lado en un segundo, los libros olvidados, sus manos extendiéndose por puro instinto. Lo atrapó por los antebrazos antes de que se derrumbara por completo.

Tenía los ojos hinchados, las plumas bajo ellos húmedas y desordenadas. Dos marcas rojas descendían por sus mejillas, como si unas garras lo hubieran arañado. Parecía un fantasma de sí mismo.

“¿Pero qué coño...? Stolas —hey—”

Stolas no respondió. Ni siquiera parpadeó. ni siquiera parecía estar ahí.

Blitzø se acercó, apoyando los dedos con cuidado en su codo.

Y entonces lo sintió: el temblor, recorriendo todo su cuerpo de arriba a abajo. Como si todo su sistema nervioso estuviera colapsando de golpe.

La garganta de Blitzø se secó.

“Vamos” dijo suavemente. “Vamos a meterte en la bañera.”

Lo guió, paso a paso, hasta el baño. El vapor se elevaba suavemente mientras cerraba el grifo, probando la temperatura. Se giró y encontró a Stolas sentado en el borde de la bañera, la mirada vacía. Sus movimientos eran rígidos cuando Blitzø lo ayudó a desvestirse, quitándole con cuidado el pesado chaleco bordado. Pero Stolas no le devolvía la mirada. No hablaba. Las marcas parecían aún peores bajo la luz.

Cuando intentó sujetarlo, Stolas se estremeció como si le quemara.

Blitzø no dijo nada. Solo lo ayudó a meterse en la bañera, y entró en el agua detrás de él.

Se sentó cerca, con las piernas enmarcando las de Stolas, y lo atrajo hacia él, hasta que descansó contra su pecho. Un silencio tenso los envolvió, como si todo a su alrededor estuviera hecho de cristal y cualquier movimiento pudiera hacerlo añicos.

Blitzø empapó un paño y lo pasó suavemente por sus brazos, su garganta, los hombros. No dijo nada. No presionó.

Pero por dentro, su mente gritaba.

¿Qué coño le han hecho?

Oh, joder, lo iba a matar. No sabía aún quién, pero alguien iba a pagar con sangre. No quería alterar más a Stolas, pero mentalmente ya estaba buscando su vieja daga curva que tenía escondida bajo una tabla en el apartamento. Alguien iba a acabar destripado lentamente, eso seguro.

La respiración de Stolas era superficial bajo su tacto, como si estuviera intentando no romperse del todo.

Blitzø metió los dedos en el agua y empezó a alisarle las plumas húmedas de la nuca con movimientos lentos y constantes. Nunca lo había hecho antes, aunque lo había visto hacerlo mil veces. Pero necesitaba hacer algo. Cualquier cosa para que se sintiera mejor.

Stolas seguía sin decir una palabra. Y eso lo estaba matando.

Cuando el agua se enfrió, Blitzø los secó a ambos en silencio, envolvió a Stolas en su bata y lo acompañó de vuelta a la cama. Lo sentó, le echó una manta por los hombros y fue a la cocina a calentar algo de té.

Stolas no se movió. Ni siquiera parpadeaba.

Blitzø se arrodilló frente a él, ofreciéndole el cuenco con una sonrisita forzada. “Vamos. Tienes que tomar algo. Un poco, al menos.”

Stolas no hizo ademán de haberlo escuchado..

Pasaron minutos en silencio antes de que Blitzø no lo soportara más y se atreviera a preguntarle.

“¿Qué ha pasado?”

Stolas no respondió de inmediato, y Blitzø estaba a punto de rendirse, cuando escuchó un murmullo apenas audible.

“Se acabó.”

Blitzø frunció el ceño. “¿Qué se acabó?”

Stolas lo miró entonces. Por fin. Y en sus ojos no había nada más que ruina. Un dolor tan vasto que lo arrasaba todo.

“Nosotros”

Y Blitzø lo vio romperse, los ojos llenos de lágrimas, los hombros encogiéndose, el cuerpo temblando con cada respiración.

El corazón de Blitzø se detuvo y el suelo desapareció bajo sus pies.

“No. No, *ni se te ocurra*. No digas eso. No puedes decir eso—” Subió a la cama de un salto, agarrándolo por los hombros. “¿Qué mierda significa eso? ¿Qué ha pasado?”

Stolas levantó la mirada, con voz apenas un susurro:

“Andrealphus... lo sabe. Sabe lo nuestro.”

Blitzø sintió como se le cortaba el aire.

“Está... está harto de esperar” continuó Stolas. “Quiere que el trato con Vassago se cierre. Y mañana por la noche esperan que... que me acueste con él. Para sellar la inversión.”

Blitzø retrocedió, atónito. “¿Qué? Pero... pensé que solo tenías que seducirlo. Flirtear. Hacer que firme cheques y entretenerlo. Nunca dijiste—”

Stolas desvió la mirada, abrazándose a sí mismo. Y Blitzø lo vio. La vergüenza.

La verdad.

“No quería que lo supieras” susurró Stolas. “Andrealphus me ha estado usando desde el principio. El trato de Ozzie le dio poder sobre el club... y se aprovechó. Me ha paseado como si fuera su moneda de cambio. Solo soy una pieza en su tablero, ¿lo entiendes?” soltó un sollozo, intentando contenerse. “Ya lo he hecho antes, Blitzø. Eso es lo que espera de mí.”

Y algo dentro de Blitzø se rompió.

“¿Te ha tocado?” su voz se volvió áspera.

“No.”

“¿Te ha usado? ¿Te ha ofrecido a otros?”

Stolas se estremeció bajo sus manos.

Blitzø se puso en pie de golpe. Los puños cerrados con tal fuerza que sus propias garras le perforaban las palmas.

“Voy a matarlo.” Su voz era fuego — cruda, salvaje. Toda ternura arrancada de raíz en un instante. “¿Ese bastardo cree que puede tocarte? ¿Utilizarte como un trapo y quedarse tan ancho?” espetó, empezando a caminar de un lado a otro, los hombros tensos de rabia. “Le voy a arrancar la espina dorsal. Voy a grabar su nombre en el suelo con sus trias y me voy a mear encima. Juro por el último maldito pozo del infierno que le voy a cortar la garganta y—”

Se dirigió a la puerta, ciego de furia.

“¡Blitzø, no!” gritó Stolas, agarrándolo, tirando de él. “¡No puedes! Si lo haces, él... se vengará. Te hará daño. Y yo no lo soportaría.”

Stolas se desmoronó otra vez, doblándose sobre sí mismo.

“Tenemos que acabar con esto. Antes de que empeore. No quiero que pases por esto. No quiero que me veas así, por favor. No podré mirarte a los ojos después de —” soltó un sollozo ahogado.

Blitzø se arrodilló frente a él, toda la rabia evaporada en un segundo.

“No” susurró Blitzø, su voz al borde del colapso. “No digas eso. No te rindas. No conmigo. No con nosotros.”

Stolas negó con la cabeza, llorando.

“Stols, cariño. No me hagas esto. Puedo con ello” dijo, con la voz rota. “Si es por ti, lo aguantaré todo. Pero, por favor... no me dejes.”

Le limpió las lágrimas, juntando sus frentes. Lo sostuvo por la nuca, enredando los dedos entre sus plumas.

“Por favor, no lo hagas.”

Y Stolas negó otra vez, temblando.

“No. No podrás soportarlo” susurró. “Los celos te van a devorar. Lo sé. Y no puedo verte mirarme así, como si te hubiera traicionado, como si te diera asco. Eso me matará, Blitzø.”

Blitzø parpadeó con fuerza, conteniendo otra oleada de lágrimas. Sostuvo su rostro entre las manos, los pulgares acariciando la humedad de sus mejillas.

“Escúchame bien” murmuró, con la voz baja pero firme. “No eres repugnante. No estás sucio. No eres una cosa rota que se pueda tirar. Eres *Stolas*. El demonio más brillante que he conocido. Usas palabras como “deslumbrante” todos los días y ni siquiera te da vergüenza. Has conseguido que hasta yo, con mi dislexia de mierda, me ponga a leer. Y te juro que eso ha sido jodido milagro y lo has conseguido tú solo” tragó saliva, intentando contener el alud de emociones que amenazaba con desbordarse. “Eres una maldita estrella, Stolas. *Mi estrella*. Una que ni sabía que estaba buscando. Y de algún modo, has logrado iluminar toda mi jodida vida. Y ha sido una vida bastante de mierda, créeme.” Blitzø soltó una risita temblorosa, secándose la nariz con el dorso de la mano. “Y joder, eres el único capaz de hacerme soltar cursilerías como esta.”

Stolas soltó una risa ahogada, rota y húmeda.

La voz de Blitzø se volvió más suave. “¿Sabes? A veces me quedo despierto solo para escucharte respirar. Porque aún no me lo creo. Todavía siento que has salido de un sueño que no era mío para empezar.” Inspiró hondo, acariciando la mejilla de Stolas con el pulgar. “Y te juro que nada de lo que hagas —nada de lo que pase— va a cambiar lo que siento por ti. Desde el principio, incluso antes de saberlo, te estaba esperando a ti.

La voz se le quebró con las siguientes palabras, pero las dejó salir.

“Porque te quiero.”

Stolas lo miró como si hubiera oído mal, como si Blitzø acabara de decir que iba a ponerse a tejer o a adoptar una bestia infernal y llamarla Cupcake.

“¿Tú... *qué?*”

El corazón de Blitzø dio un vuelco. “Que te quiero, ¿vale? Joder, no me hagas deletrearlo. Sabes que eso se me da fatal.”

Los ojos de Stolas se agrandaron. Abrió la boca, pero no salió ninguna palabra. Solo un suspiro —agudo, tembloroso, como si lo hubiera estado conteniendo durante siglos.

El pecho de Blitzø latía con fuerza, el silencio le estaban dando de salir corriendo. *Joder, no debería haberlo dicho. No así. No ahora. Debería haber—*

“Yo también te quiero” dijo Stolas.

Blitzø se quedó congelado. Su cerebro se apagó. Luego volvió de golpe, saturado y desbordado.

“¿Tú—tú qué?”

“Te quiero” repitió Stolas, con la voz entrecortada. “Estoy enamorado de ti, imp insoportable y maravilloso.”

Se le quebró la voz a mitad de frase, y luego se echó a reír y a llorar al mismo tiempo. Y Blitzø sintió que todo su cuerpo por fin respiraba, como si algo dentro de él se hubiese aflojado después de años de tensión.

Entonces Stolas se lanzó hacia él y lo besó.

Sus bocas chocaron, desordenadas y desesperadas. Las manos se buscaron, las plumas rozaron la cara de Blitzø. Sabía a sal, a calor, a todo lo que había estado ansiando, y Stolas lo besó como si le hubieran devuelto el aire que había olvidado cómo respirar.

Se separaron solo lo justo para mirarse —ojos rojos, rostros mojados, sonriendo como dos idiotas.

“Te he querido durante tanto tiempo” susurró Stolas, con la voz rota. “Pensé que estaba maldito. Que nunca me permitirían querer algo real. Pero tú...” soltó una risa entre lágrimas. “Tú has roto todas las reglas por las que he regido mi vida. Y no puedo —*no quiero*— parar.”

Sus manos temblaban al aferrarse a Blitzø, como si tuviera miedo de que soltarlo rompiera el momento.

Blitzø dejó escapar una risa temblorosa y le acarició la mejilla con el pulgar.

“Demasiado tarde, pajarito. Me has elegido como imp de apoyo emocional, y ahora te toca aguantarme. No se admiten devoluciones.”

Le dio un beso rápido en el pico, sonriendo en medio del caos que tenía dentro.

“Pero no quiero que pases por esto” dijo Stolas. “No quiero arrastrarte a este desastre. No deberías tener que—”

“Eh” lo interrumpió Blitzø, limpiándole otra lágrima del borde del pico. “Ahora no puedes echarme. Somos un equipo, ¿de acuerdo?”

Stolas abrió la boca para protestar, pero Blitzø se le adelantó.

“No vas a librarte de mí, cabeza de pájaro” su voz bajó, ronca pero segura. “Así que ve acostumbándote.”

Le guió la cabeza hasta que Stolas quedó apoyado en su hombro. El búho inspiró, relajándose contra él. Blitzø trazó círculos bajo su barbilla.

“Puedo con esto. Ya pensaremos algo para recordarle a mi maldito cerebro por qué tienes que ir con él. Para recordarme que tú...”

Vaciló, temeroso de decirlo. Temiendo que al hacerlo se volviera demasiado real —y las cosas reales tendían a romperse.

“Te quiero” susurró Stolas otra vez, capturando su boca y sellando las palabras con sus labios. “Te quiero, pase lo que pase” dijo cuando por fin se separaron.

Y fueron esas tres palabras las que hicieron que Blitzø se preguntara cómo demonios alguien tan jodido como él podía merecer el amor de alguien como Stolas. Después de todo el dolor, del miedo, de arrastrarse fuera de las ruinas de lo que había sido su vida... algo debía haber hecho bien.

Lo abrazó con más fuerza, enterrando la cara en el suave plumaje de su cuello, dejándose envolver por ese olor —ese calor que sabía a hogar.

“Pase lo que pase” repitió.